

El animal, signo político

Natalia Castillo



Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica

Gabriel Giorgi

Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, 2014, 304 pp.

«Y es al notar la rabia de la fiera que la chica empieza a dar trazos cada vez más rápidos, y dibuja una cara que es de animal y también de diablo. Y la pantera la mira». La pantera, la araña, o iauaretê, la cucaracha, la mancupia imaginada y las ratas son solo algunas de las figuras del bestiario que acaba por hilarse, capítulo a capítulo, en la reciente publicación de Gabriel Giorgi *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica* (2014).

El eje central del volumen explora el recurso estético de «lo animal» y los universos que despliega a lo largo de una serie de propuestas ficcionales de creadores que van desde Guimarães Rosa, Clarice Lispector, Martín Kohan o Roberto Bolaño a Nuno Ramos, Néstor Perlongher, Patricio Guzmán o Manuel Puig, con el que se ha abierto esta

reseña. Y lo hace continuando la línea de investigación que más ha interesado a Giorgi en trabajos previos: esa que indaga en la brecha biopolítica que decide –siguiendo la estela de Agamben– cuáles son las vidas a proteger y cuáles las vidas a abandonar en la cartografía social de la posmodernidad.

El libro recoge algunas de las tesis de sus obras anteriores (*Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*, 2004); *Excesos de vida. Ensayos sobre biopolítica*, 2007) y en sus páginas se da cita, de nuevo, esa imbricación interdisciplinaria de filosofía, literatura y teorías crítico-literarias tan característica del autor, apoyándose en fuentes como Ludmer, Butler, Foucault, Deleuze y Guattari, Marin, Derrida, Braidotti, Heidegger, Agamben o Esposito; en ocasiones como

punto de partida de su pensamiento, a veces como apoyo argumentativo, otras para tender lazos a la comparación, a la comprensión, al paralelismo.

Un aparato conceptual, crítico y estético vasto, integrador, dirigido a refrendar su proposición inicial: el animal ha dejado de ser mero tropo para constituirse como signo político y su cambio de lugar moviliza territorios y ordenamientos clásicos hasta hacer tambalear la noción misma de cultura. Con esta teoría, que se revela en la introducción (el apartado más teórico pero un marco imprescindible para integrarnos en la dinámica del volumen), Giorgi informa de que el animal ya no supone el reverso sistemático, el otro primero de lo humano, como lo fue cuando imperaba un mecanismo ordenador de cuerpos y sentidos diferente. Al contrario, las manifestaciones culturales de hoy muestran que el animal pasa ahora a componer un *continuum* orgánico, afectivo, material y político con lo humano; un animal que ha dejado de ser un ente exterior para convertirse en una contigüidad cuyo «lugar» no ha sido todavía delimitado.

Así si el animal, «umbral de exploración crítica y de interrogación estética» (22) concentra puntos de intensidad política y es visto como un artefacto capaz de dinamizar los campos de significación que vuelven perceptible la vida como humana, el objetivo de este libro es el de analizarlo como clave en la lectura de intersecciones, núcleos temáticos y caminos transitados entre cultura, literatura, política y vida.

Y es que la oposición tradicional humano/animal ha sido una forma

de conceptualizar el interés social por las vidas a proteger, a futurizar, y las vidas eliminables, a abandonar; binomio que *Formas comunes* examina bajo la luz de nociones agambianas como «nuda vita» u «homo sacer», categorías ontológicas priorizadas por Giorgi que ayudan a explicar el deslizamiento que se efectúa entre el animal y el «viviente», que convocan la idea del «hacer vivir» lo biológico desde lo que se entiende como horizonte de politización y que explican las prácticas divisorias, segregadoras, que ejecuta el poder.

Es desde esta reflexión a partir de la que interroga la noción de «persona» (siguiendo la estela de Esposito) y desgrana su diferenciación con respecto a los cuerpos otros, a las no-personas. De este modo delimita el margen móvil, fluctuante, que circunda los conceptos de *bios/zoé*, persona/no-persona, humano/animal, fijados como una oposición binaria jerárquica. Como empieza a intuirse, el animal detona dicha deconstrucción, la vuelve visible a los ojos del investigador situándose en una línea de pasaje, de reversibilidad en las propuestas estéticas que lo sitúan en primer plano, interrogando a las gramáticas sociales, normativas, sobre qué es un cuerpo, qué vale, qué puede.

El lector del volumen no podrá menos que aceptar la necesidad de observar con más cuidado al animal de la cultura cuando repare en que, como defiende esta propuesta teórica, es este signo político el que pone en jaque el presupuesto de la vida humana en su condición natural. Pues los animales que vemos transitar por las obras literarias aquí recogidas son con-

testatarios, cuerpos de resistencia que traslucen las configuraciones biopolíticas por las que lo viviente ha dejado de ser trasladable a lo humano. El animal cultural ilumina la no correlación de las antiguas oposiciones binarias.

Su alteración, esa por la que pierde naturaleza figurativa y definición formal, lo convierte en una línea de desfiguración altamente sugestiva y por tanto útil como elemento representativo capaz de llevar a cabo movilizaciones que lo exceden. Así pues, Giorgi insiste no solo en el modo en que el animal hace oscilar el enfrentamiento casi ancestral de naturaleza y cultura; sino también en que su redefinición se extiende a las nuevas retóricas de lo corporal y lo viviente, remitiendo a una interrogación sobre la forma en sí, sobre la figurabilidad y hechura de los cuerpos.

Y no solo eso, el autor indaga sobre el deslizamiento que se efectúa entre las «escrituras del yo» instancia de investigación actual, y las que le van a interesar particularmente: las «escrituras del bios» cuando la vida de un «yo» es la vida de un animal y que evidencian la imposibilidad de determinar el bios en torno a la figura de un «yo». Este «yo» ya no es una demarcación interior, un mapa de lo privado, sino nuevamente una zona de flujos, de tránsito; Giorgi muestra así que la literatura y la vida se encontrarían en una posición disímil de no-coincidencia. Y tal vez es esto lo que justifica que la materia prima de este libro se detenga en la relación que une al viviente con la escritura, enlazando vida y literatura bajo el signo del animal.

Trazado el campo de problematización, el investigador estructura las

páginas centrales del libro en cuatro secciones diferenciadas que parecen tender a cierta circularidad. «I. La rebelión animal» se detiene en el análisis de «Meu tio o Iauaretê» atendiendo a las relaciones entre cultura y biopolítica a mediados del siglo XX (esto es, en el «umbral histórico de cierta imaginación de lo salvaje» (87)), centradas en los dos ejes articuladores que se cierran en torno a este cazador que «deviene» jaguar: resistencia y comunidad.

«II. Una nueva proximidad: las casas, los mataderos, el pueblo» se escinde en tres capítulos que exploran esa reconfiguración por la que el animal deja de ser un afuera para inscribirse en un adentro propio, íntimo; y lo hace desde la *domus* ficcional de Lispector en *A paixão segundo G.H.*: en la que el hogar es el espacio de visibilidad del animal, un lugar de saber biopolítico desde el que se trabaja la desfiguración de lo corporal, la pérdida de límites y contornos en busca de una «sustancia ética» (104) a través de la indagación estética.

Esta sección se adentra en algo tan idiosincrásico de la cultura argentina como son los mataderos, examinando en ficciones como *Los charcos rojos* o *Bajo este sol tremendo* la cara opuesta a la biopolítica: la tanatopolítica y sus medidas de muerte, la mercantilización de unos cuerpos a los que corresponde lo que el autor ya había llamado en otro trabajo «la vida impropia» y que han sido tradicionalmente asociados al *zoé*, a las vidas sin forma, sin cualificaciones, cuyo asesinato no supone jurídicamente delito u homicidio.

La sección se cierra con «Ese pueblo que nunca dejará de ser animal», como

subtitula Giorgi al cuarto capítulo del libro y en el que recupera «El fiord» de Lamborghini a propósito del modo en que anuda pueblo peronista y animal siendo este último y sus instintos, sus fuerzas, sus pulsiones, la instancia desde la que se piensa lo político a través de un régimen de representaciones nuevo.

«III. Series» sigue escarbando en las políticas de muerte, y lo hace a través de series, de colecciones acumulativas. Primero de la mano de 2666 de Roberto Bolaño, de *Nostalgia de luz* (la película dirigida por Patricio Guzmán) o de los montajes de Teresa Margolles, con ellos el investigador se suspende en el resto, en «lo que queda de una vida», como reza el título de este capítulo, en la comunidad –viva, se entiende– y en su relación con el cadáver; en la distinción, pues, entre persona y no-persona.

El sexto capítulo, en cambio, expone las lecciones del animal, de sus «pedagogías queer»; y en él se convoca una serie de tres lecciones, tres autores, tres formas de intersección entre el animal y lo queer: *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, texto primigenio en el que cristalizó «la dimensión política de la homosexualidad, que hizo de la homosexualidad un espacio de potencia política» (238) y en el que se juega una suerte de hibridación humano-animal para iluminar una zona de deseos ocultos. *A fúria do corpo* o *O cego a dançarina* (ambas de Gilberto Noll), en las que se insiste en el trabajo estético de los bordes, de los contornos, del sa-

ber entre-cuerpos al que da lugar Noll y donde ha dejado de existir la vida propia o individual, pues el viviente ya no concuerda con un cuerpo, sino que tiene lugar en un entre-cuerpos múltiple. Y por último los *Misales* de Marosa di Giorgio, que ilustran una epistemología del deseo diferente, novedosa, originada en la contigüidad con el animal, desestabilizando una vez más la noción de especie humana como naturaleza fija e inamovible a través de una nueva politización de la sexualidad.

«IV. La rebelión animal (2)», por su parte, nos acerca *La ciudad y las ratas* texto en el que «el no-ciudadano es un ya-no-humano y por lo tanto «como nosotros»: un animal» (281); fluctuación revolucionaria en la que se examina la lógica de los ordenamientos políticos de cuerpos que Copi convierte en materia literaria y de exploración estética. Finalmente, el libro se cierra con una Coda (la quinta sección) cuyo subtítulo –«Crítica y biopolítica»– es sintomático de la recuperación teórica que efectúa Giorgi en el trazado de sus reflexiones.

Una recuperación que, como a Valentín en la obra inmortal de Puig, a quien la mujer-araña le señaló «con el dedo un camino en la selva», abre nuevos caminos, nuevas lecturas biopolíticas en la selva literaria contemporánea, lecturas en las que el animal se construye como el umbral que hace posible «imaginar otros modos de relación con el cuerpo y entre cuerpos, y otras políticas de lo viviente» (41).

.....
NATALIA CASTILLO GÁLVEZ es máster en Estudios Hispánicos Avanzados